

## NOTICIASHR

## DIVULGACIÓN

# La generación **tuenti** viaja al pasado



Las charlas en los centros educativos son un pilar central de la estrategia de la Asociación Hispania Romana, ya que el conocimiento de la cultura clásica es un requisito imprescindible para asegurar la conservación de su legado. HR viajó hasta el Colegio Apóstol Santiago de Aranjuez (Madrid) para hablar a los alumnos acerca de la vida de los jóvenes hace dos milenios. ¿Qué se les pasa por la cabeza durante la charla? ¿Qué queda después de la conferencia? Ellos lo cuentan, a través de cuatro episodios comunes en la vida de los adolescentes romanos.

Por **Roberto Pastrana.**

Jueves 6 de mayo. Después de disfrutar del recreo en una mañana soleada, los estudiantes de 3.º de la ESO del Colegio Apóstol Santiago vuelven al aula con cierta expectación: en vez de clase, hoy asistirán a una charla sobre la civilización romana. Aunque el asunto no les desagrada, lo que más les atrae del plan es salir de la rutina y, sobre todo, la posibilidad de disfrutar de una clase ligera. La profesora les conoce bien. Pretende que la conferencia afiance los temas que han visto a lo largo del curso y, para que no se distraigan, les avisa: la información que van a recibir podría entrar en el

examen. Las perspectivas se ensombrecen un poco y algunos chavales empiezan a sospechar que la mañana se va a hacer muy larga.

Tras este primer traspies, llega la sorpresa: en el aula ya les espera un hombre ataviado con una túnica desgastada y unas caligas. Es Lucio Papiro Cursor, ingeniero de la Legión VIII Hispana. Procedente de la Antigüedad, les habla de su vida y de cómo su educación le encaminó hacia su profesión. La presencia de Cursor impone pero, tras el choque inicial, la vestimenta y sus palabras van creando un clima propicio para dar un salto en el tiempo y conocer cómo vivían los jóvenes en tiempos de Augusto.

## Los primeros momentos del día

La vida comenzaba pronto en la Antigua Roma. Tan pronto que Francisco Javier echa de menos la ayuda del despertador. El alba marcaba el inicio del día y de las actividades para procurarse el sustento. Antes de salir de casa, toman un desayuno frugal en el que Bárbara añora su zumo, las galletas y las tostadas.

La educación obligatoria ha modificado las rutinas diarias de los jóvenes, cuya obligación pasa hoy por asistir a clase. A María le llama la atención que sólo las familias pudientes estuviesen en situación de garantizar la asistencia a clase de sus jóvenes. No es la única que reflexiona sobre este hecho. En España, este derecho se fue consiguiendo de forma progresiva y dificultosa. A lo largo del siglo XX, la edad de escolarización obligatoria se fue ampliando desde los 12 años a los 16 que establece la LOGSE en 1990. Este avan-

El día de los jóvenes romanos comenzaba antes de que saliese el sol. Ellos, como el resto de trabajadores, tenían que aprovechar al máximo las horas de luz. Los que procedían de familias humildes y no se podían permitir asistir a la escuela ayudaban a sostener la economía desde su infancia, ayudando en el negocio familiar o bien realizando pequeños trabajos, encargos o cualquier otra actividad que reportase algo de dinero.

En las familias que podían pagar la educación de los jóvenes, los muchachos también se despertaban al alba. Después de lavarse la cara y las manos en una palangana, tomaban un ligero desayuno a base de pan y queso. Los más golosos preferían comprar por unas monedas dulces recién hechos en los puestos callejeros, de camino a la escuela.

La calle bulle de gente, a pesar de la hora temprana. La actividad comercial ya ha comenzado y, por las calles, muchas personas se apresuran a bajar al foro o se dirigen a las casas de sus patronos para recibir instrucciones. El joven va acompañado de un esclavo que le protege y le lleva el material de escritura. El joven permanecerá en clase hasta la hora del almuerzo.

ce no es del agrado de Álvaro: “Preferiría aprender el oficio de mi padre en vez de ir a la escuela”. Aunque la escuela a veces reporta momentos ingratos, Rubén valora el derecho a recibir una educación básica gratuita. «Si fuera de clase baja y no pudiese permitirme ir a la escuela me sentiría frustrado», declara.

Uno de los detalles que más llama la atención a los jóvenes actuales es el esclavo que acompañaba al infante y llevaba sus útiles de estudio. Bárbara se alegra de que la esclavitud haya desaparecido. Jorge no puede evitar lanzar una mirada a la mochila en la que trae los libros a clase. «Yo tengo que hacer halterofilia todos los días», manifiesta.

## La escuela

El sistema educativo romano depara unas cuantas sorpresas a los estudiantes modernos. ¿Aulas sin mobiliario específico y en locales alquilados? «¡Vaya cuchitriles!», dice para sí David, mientras Rebeca no cree poder dar clase

en esas condiciones. La precariedad de medios lleva a Fernando a valorar más lo que hay a su alcance: «Tenemos todo lo que necesitamos en el colegio». Acostumbrados a tener cuadernos y bolígrafos, el material escolar llama la atención de los estudiantes actuales. Les atrae su rusticidad y su simplicidad.

«Las tablas enceradas son muy buena idea pero no permiten tomar apuntes», concluye Jorge.

Aunque la convivencia en un mismo aula de chavales de varias edades y diferente nivel educativo es un hecho que se daba en España hasta bien avanzado el siglo XX, a la juventud actual les parece algo exótico. Hoy en casi todos los centros educativos del país todos los alumnos de una clase tienen la misma edad. «Excepto los repetidores», puntualiza Álvaro.

Las materias que se imparten en las escuelas romanas tienen un aspecto muy básico comparadas con la especificidad de las asignaturas actuales. «Nosotros tenemos que estudiar muchísimas más cosas», afirma Jorge. Con todo, parece que la forma de enfrentarse a ellas no ha cambiado con el tiempo. «Antes y ahora se estudia memorizando», dice Fernando. Tampoco han cambiado los sofocos que experimentan los profesores cuando los alumnos no se esfuerzan. Afortunadamente, recapacita Celia, «ahora no pegan; sólo nos regañan».

La escuela está en un pequeño local alquilado de una calle secundaria. Antes el maestro tenía la escuela en un altillo de una tintorería, pero frecuentemente debía interrumpir las explicaciones por las voces de los clientes y el ruido de los trabajadores. Además, el olor de la tintorería era nauseabundo.

En el nuevo local, algo alejado de la zona comercial, el ambiente es más tranquilo y, por si fuera poco, disponen de una mesa desvencijada que dejó abandonada allí el anterior arrendatario. Gracias a esta donación inesperada los alumnos ya no tienen que traer de casa una tabla que ponían sobre sus rodillas, a modo de pupitre.

La clase está compuesta por unos pocos jóvenes de edades diferentes. Los mayores aventajan en conocimiento a los recién llegados. En la clase de Historia el profesor pierde los nervios con un alumno que se ha vuelto a olvidar del nombre de los compañeros de viaje de Eneas, antecesor de Rómulo y Remo. Manda a uno de los estudiantes veteranos que recite de memoria el pasaje de la Eneida que trata este episodio. Luego obliga al estudiante olvidadizo a que lo repita una y otra vez hasta asegurarse de que lo ha aprendido.

## Momentos de ocio

Acaban las obligaciones y llega, por fin, el momento del tiempo libre. Aunque los estudiosos no acaban de ponerse de acuerdo respecto al horario escolar de la antigua Roma, los muchachos disponían de paréntesis para el entretenimiento y los juegos. Los adolescentes actuales sienten una adhesión inmediata hacia los jóvenes de la Antigüedad al ver en ellos la misma predisposición a la risa y a la jovialidad. La competitividad de los chicos ya no tiene como marco el Campo de Marte, sino los polideportivos en los que juegan al fútbol y al baloncesto. Sin conocer la gran variedad de juegos que practicaban en Roma, los jóvenes de hoy echan en falta sus deportes favoritos y, en cambio, sienten cierta prevención hacia las actividades más agresivas. «Si ellos se peleaban nosotros hacemos lo

Al acabar las clases de la tarde los estudiantes dejan de lado sus obligaciones y se entretienen con sus amigos. Los más jóvenes pasan el tiempo con sus juguetes, inventándose historias con muñecos y figuritas de madera o barro. Otros prefieren actividades más movidas y juegan al escondite, se persiguen a la carrera por las calles o libran batallas a caballito. Los mayores suelen bajar al Campo de Marte, una gran explanada a la orilla del Tíber, para probar su resistencia física. Allí echan carreras, desafían la corriente del río o luchan entre sí para ver quién se proclama "rey". El más fuerte podrá dar órdenes a los demás, mientras que el perdedor, el "asno", recibirá las burlas de todos.

Había jóvenes a los que no les gustaba el ejercicio físico y preferían simplemente quedar con los amigos para dar un paseo o reunirse para jugar a juegos de mesa. Los juegos de azar estaban mal vistos, porque se pensaba que podían llevar a la ruina, pero no había nada censurable en juegos de estrategia parecidos al tres en raya o las damas.

mismo, pero en la PlayStation", dice Álvaro. En muchos casos, las nuevas tecnologías reemplazan el contacto humano. «Normalmente no quedamos por las tardes con los amigos porque tenemos que hacer deberes. Hablamos con ellos a través del ordenador», apunta Sergio. Los juegos de

mesa les sorprenden por su variedad y por su similitud con muchos que aún se siguen practicando. Los propios chicos disputan alguna partida de tabas y de *ludus latruncularum*. «Son muy divertidos», afirma Jorge, «pero no los cambiaría por mi consola». La electrónica gana la mano.

## El fin de la adolescencia

Sólo unos pocos alumnos del auditorio están cerca de la mayoría de edad. Aún les quedan tres o cuatro años para que se abra ante ellos un amplio campo de derechos y obligaciones. Sin embargo, muchos no quieren esperar para ganar en independencia. Reclaman más autonomía en diversas facetas de su vida, sin esperar a su 18.º cumpleaños, que parece un aniversario un poco más especial que los anteriores. Quizá esta desmitificación de la llegada a la mayoría de edad afecta a su forma de ver la ceremonia romana en la que se abandonaban las vestimentas propias de la juventud. A falta de una fiesta semejante, a algunos les viene a la cabeza la graduación en el instituto, por más que ambos eventos sean muy diferentes. La trascendencia de la celebración romana no deja de sorprender a unos chicos poco acostumbrados a solemnidades. «Deshacerse de los juguetes es muy drástico. Nosotros los vamos sustituyendo por cosas más sofisticadas y acordes con nuestra edad», dice Jorge.

Un aspecto que llama poderosamente la atención de los jóvenes estriba en las

diferencias sociales derivadas del sexo. Fernando se extraña de que la mujer adquiriese obligaciones y pocos derechos, al llegar a la juventud. «No compensa», concluye. Las chicas son especialmente sensibles a las múltiples limitaciones impuestas a la condición femenina. «No

me gustaría ser una mujer en la sociedad romana», opina Eva. La juventud con la que contraían matrimonio y, sobre todo, el papel secundario de la muchacha de familia acomodada en la decisión de su marido son pesadas cargas desde la perspectiva actual.

La adolescencia en Roma acaba con una celebración que tenía lugar entre los 14 y 16 años, dependiendo de la capacidad económica familiar y su importancia social. Era costumbre entre las familias pudientes celebrar una fiesta para marcar el paso de la infancia a la juventud, un nuevo periodo vital marcado por la independencia respecto a la autoridad paterna.

Para los varones, sobre todo los de clase alta, la celebración se realizaba de forma muy ostentosa. Después de una breve ceremonia privada, en la que ofrecían su amuleto infantil a los dioses domésticos, se despojaban de sus vestiduras infantiles y se ponían la toga propia de los adultos. Con este atuendo visitaban el foro y mostraban a todo el mundo su nuevo papel social: a partir de este momento, podían disponer libremente de su patrimonio, casarse, entablar pleitos, hacer testamento o enrolarse en el ejército.

Las mujeres pasaban por una ceremonia privada con los familiares más allegados. Ellas también se deshacían de sus símbolos infantiles (ropas y juguetes), dejándolos en ofrenda a los dioses del hogar, y vestían la toga recta, propia de la edad adulta. Muchas veces, esta ceremonia se realizaba el día antes de la boda, en la cual las jóvenes pasaban de la autoridad paterna a la autoridad del esposo.

Las nuevas responsabilidades se veían equilibradas, en el caso de los chicos, con la adquisición de más libertad. Muchos de ellos aprovechaban su independencia para visitar lugares antes vedados. Asimismo, ingresaban en asociaciones deportivas, religiosas, políticas...

El horario escolar apremia en Aranjuez. La clase de Cultura Clásica está a punto de finalizar. El viaje a la Antigüedad tiene que acabar y los alumnos retornan a la soleada mañana de primavera de 2010 con la sensación de que la charla ha pasado rápido. Las explicaciones, la presentación del proyector y, sobre todo, la posibilidad de ver y tocar objetos cotidianos como los empleados en la antigua Roma les ha permitido saltar hacia el pasado. «Me he imaginado vestido con una túnica ceñida con un cinturón, siempre con ganas de jugar con mis

amigos e intentando pasar lo menos posible por casa para estudiar la lección del *grammaticus*», reconoce Jorge. Muchos se sorprenden de las similitudes con gente que vivió hace miles de años y por encima de las diferencias surge la empatía hacia aquellas personas.

La faceta lúdica de la charla es muy apreciada por los alumnos, pero en paralelo al discurso verbal los jóvenes han podido experimentar de forma más personal un pedazo de la vida cotidiana de hace dos mil años. «En un momento en el que se imponen las nuevas tecnologías

todavía se puede comprobar que la comunicación personal y directa es esencial en el proceso educativo», reflexiona una de las profesoras de Cultura Clásica del colegio, Charo Ruiz. «Recrear un instante de la Historia ha operado un cambio en la actitud de los alumnos», reflexiona la docente. Algunos de ellos investigaron por su cuenta para profundizar en el conocimiento de la época. «No es una asignatura más; es algo tangible que les ha ayudado a conocer un poco más su pasado y a valorar este legado, tanto en los aspectos que permanecen como en aquellos que han cambiado», afirma. Tras conocer las condiciones de vida en la antigua Roma, a Teresa le resulta fácil ponerse en el papel de una adolescente de aquella época y opina que a aquellos jóvenes «les resultaría extraño ver que tanto tiempo después estudiamos sus costumbres, su modo de vida, su ropa...». ■



Dibujos: Teresa Pla

## El diario de una joven romana

Las impresiones de los estudiantes que asistieron a la charla proceden de una serie de trabajos en clase, realizados a posteriori. Entre los trabajos tutelados por la profesora Charo Ruiz destaca el de una estudiante que no se limitó a contestar las cuestiones planteadas para la evaluación de la iniciativa. Bárbara Basurto amplió sus conocimientos por cuenta propia y redactó una composición en la que se mete en la piel de una joven romana de buena familia. La publicación de este trabajo no sólo reconoce el esfuerzo de esta estudiante, sino que permite apreciar por un juego de contrastes las diferencias culturales y de opinión entre los jóvenes actuales y los romanos.

«Obedeciendo las decisiones del *paterfamilias* me encuentro ahora enfrentada a mi destino. Mi padre está concertando un matrimonio de conveniencia para mí. He cumplido los catorce años. Conocía a mi prometido en una carrera de cuadrigas. Allí nos saludamos después de ser presentados por una amiga común.

Ahora, pensativa, paseo cerca del templo de Vesta, en el Foro. Pienso en hacer voto de castidad como las sacerdotisas. Si no lo cumpliera, podrían condenarme a ser enterrada viva.

Todos los preparativos están dispuestos. Estamos en la segunda quincena de junio, aproximándonos al día del enlace. Mi prometido me ha regalado un espléndido anillo y mi padre le ha correspondido con muchas tierras.

Pienso en la noche que vestiré la *tunica recta* y me echaré a dormir. Al amanecer la peluquera me peinará y rizará el pelo con trenzas. Me colocará una diadema, el velo (*flammeum*) y me ajustará el cinturón (*cingulum*). Con polvo de tiza me maquillaré. Me pintaré las mejillas y labios con posos de vino. Las cejas y las pestañas me ennegreceré y me pondré belladona en los ojos para dilatar mis pupilas y así resaltar mi belleza.

Tras el sacrificio, la ceremonia y el banquete con música y baile no sé cómo me sentiré en mi nueva vida y en mi nuevo hogar. Pienso que todo esto pasará al olvido y que en el futuro ninguna patricia joven como yo tendrá que someterse a estas situaciones».

